



## NINGUNA INICIATIVA SIN LA VERDAD

Sociedad del Honor Judicial

*Vincit Omnia Veritas*

**A** comienzos de este siglo, casi nadie sabía que el mundo está enfermo —autores como Guènon y Coomaraswamy predicaban en el desierto—, mientras que en nuestros días casi todo el mundo lo sabe; pero dista mucho de ser el caso el que todo el mundo conozca las raíces del mal y pueda discernir los remedios. Se oye decir con frecuencia en nuestra época que para combatir el materialismo, la tecnocracia, el pseudoespiritualismo, lo que se impone es una nueva ideología, capaz de resistir todas las seducciones y todos los asaltos y de galvanizar las buenas voluntades. Ahora bien, la necesidad de una ideología, o el deseo de oponer una ideología a otra, ya es una confesión de debilidad, y toda iniciativa que resulte de este prejuicio es falsa y está condenada al fracaso. Lo que hay que hacer es oponer a las falsas ideologías la verdad que siempre ha existido, y que jamás podríamos inventar, ya que existe fuera de nosotros y por encima de nosotros. El mundo actual está obsesionado por el prejuicio del dinamismo, como si éste fuera un «imperativo categórico» y una panacea, y como si el dinamismo tuviera un significado y una eficacia fuera de la verdad a secas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Esto es lo que en lenguaje popular se llama «poner la carreta delante de los bueyes». Nos acordamos de que en el momento de una crisis económica —hace mucho tiempo de esto— se hablaba de «crear una mística de la recuperación», como si las fatalidades del industrialismo fueran enfermedades imaginarias, curables por autosugestión, y como si ésta pudiera transformar quimeras subjetivas en realidades objetivas.

Ningún hombre que goce de sus facultades puede tener la intención de substituir un error por otro, «dinámico» o no; antes de hablar de fuerza y eficacia, se debe hablar de verdad y de nada más. Una verdad es eficaz en la medida en que la asimilamos; si no nos da la fuerza que necesitamos, esto prueba simplemente que no la hemos comprendido. No es la verdad la que tiene que ser «dinámica», sino nosotros gracias a ella. Lo que falta en el mundo actual es un conocimiento penetrante y global de la naturaleza de las cosas; las verdades fundamentales siempre son accesibles, pero no pueden imponerse a quienes se niegan a tomarlas en consideración.

Huelga decir que no se trata aquí de los datos totalmente exteriores que la ciencia experimental puede proporcionarnos, sino de realidades que esta ciencia no maneja, y no puede manejar, y que nos son transmitidas por canales muy distintos, los del simbolismo mitológico y metafísico especialmente, sin hablar de la intuición intelectual, cuya posibilidad de principio reside en todo hombre. El lenguaje simbólico de las grandes tradiciones de la humanidad puede parecer arduo y desconcertante para algunas personas, pero no obstante es inteligible a la luz de los comentarios ortodoxos. El simbolismo, hay que insistir en ello, es una ciencia real y rigurosa, y nada es más aberrante que creer que su aparente ingenuidad proviene de una mentalidad rudimentaria y «prelógica». Esta ciencia, que podemos calificar de «sagrada», no puede adaptarse al método experimental de los modernos; la esfera de la revelación, el simbolismo y la intelección pura trasciende con toda evidencia los planos físico y psíquico, y se sitúa por consiguiente más allá de la esfera de los métodos llamados científicos. Si pensamos que no podemos aceptar el simbolismo del lenguaje tradicional porque se nos presenta como fantástico y arbitrario, eso muestra que no hemos comprendido todavía este lenguaje y no, ciertamente, que lo hayamos superado.

Es muy cómodo pretender, como se hace tan especiosamente en nuestros días, que las religiones se han comprometido en el curso de los siglos y que su papel ahora ha terminado. Cuando se sabe en qué consiste realmente una religión, se sabe igualmente que las religiones no pueden comprometerse y que son independientes de los abusos humanos. De hecho, nada de lo que hacen los hombres tiene el poder de afectar a las doctrinas tradicionales, los símbolos y los ritos, mientras, claro está, las maniobras humanas permanezcan en su plano y no ataquen las cosas sagradas. El hecho de que un individuo pueda explotar la religión para apoyar intereses nacionales o privados no afecta en nada a la religión como mensaje y patrimonio.

La tradición habla a cada hombre el lenguaje que puede comprender, a condición de que él quiera escucharlo. Esta reserva es esencial, pues la tradición, lo repetimos, no puede «quebrar»; más bien debería hablarse de la quiebra del hombre, pues él es quien ha perdido la intuición de lo sobrenatural y el sentido de lo sagrado. Es el hombre, que se ha dejado seducir por los descubrimientos y los inventos de una ciencia ilegítimamente totalitaria, es decir, una ciencia que no reconoce sus propios límites y por esta razón ignora lo que los rebasa. Fascinado tanto por los fenómenos científicos como por las conclusiones erróneas que extrae de ellos, el hombre ha terminado por quedar sumergido por sus propias creaciones; no está dispuesto a darse cuenta de que un mensaje tradicional se sitúa en un plano totalmente diferente y de cuánto más real es este plano. Los hombres se dejan cegar tanto más fácilmente cuanto que el cientifismo les da todas las excusas requeridas para justificar su apego al mundo de las apariencias y por consiguiente también su huida ante toda presencia del Absoluto.

El humanismo espinozista, deísta, kantiano y francmasónico pretendía realizar un hombre perfecto fuera de las verdades que dan al fenómeno humano todo su sentido<sup>2</sup>. Como había que remplazar a un Dios por otro, este falso idealismo dio origen al abuso de la inteligencia característico del siglo XIX, especialmente al cientificismo, y con él al industrialismo, el cual a su vez iba a entrañar una nueva ideología, también mediocre y explosiva a la vez, a saber, este humanismo paradójicamente inhumano que es el marxismo. La contradicción interna de este último es que quiere edificar una humanidad perfecta destruyendo al hombre; es decir, los ateos militantes, más apasionados que realistas, quieren ignorar que la religión es por decirlo así una cuestión de ecología. Admitiendo que la religión comprende un elemento de «opio» —no «para el pueblo» solamente—, este elemento es «ecológicamente» indispensable para el psiquismo humano; su ausencia entraña en todo caso abusos incomparablemente más graves que su presencia, pues vale más tener buenos sueños que pesadillas. Sea lo que fuere, sólo la religión, o la espiritualidad, ofrece este significado integral y esta felicidad anclada en la naturaleza deiforme del hombre, sin los cuales la vida no es inteligible ni digna de ser vivida.

Un argumento fácil contra las religiones es el siguiente: las religiones y las confesiones se contradicen, luego no pueden tener razón todas; por consiguiente, ninguna es verdadera. Es como si se dijera: todo individuo pretende ser «yo», luego todos no pueden tener razón; por consiguiente, nadie es «yo»; lo que equivale a pretender que hay un solo hombre para ver la montaña y que la montaña sólo tiene un lado para ofrecer a la mirada. Sólo la metafísica tradi-

<sup>2</sup> Humanismo que podríamos calificar de «preateísmo», ya que preparó el terreno, o abrió la puerta, al ateísmo propiamente dicho.

cional hace justicia al rigor de la objetividad y a los derechos de la subjetividad; sólo ella es capaz de explicar tanto la unanimidad de las doctrinas sagradas como sus divergencias formales. «Cuando el hombre inferior oye hablar del Tao, se ríe de él; no sería el Tao, si no se riera... La evidencia intrínseca del Tao es tomada por oscuridad». Estas palabras de Lao Tse son más actuales que nunca; sin duda, los errores y las estupideces no pueden dejar de ser, mientras su posibilidad totalmente relativa no se haya agotado; pero ciertamente no son ellos los que tendrán la última palabra.

Un punto sobre el cual queremos insistir, a riesgo de repetirnos, es este: se habla mucho del deber de hacerse útil a la sociedad, pero se omite plantear la cuestión de saber si esta sociedad es útil, es decir, si realiza la razón de ser del hombre y, por lo tanto, de una comunidad humana; con toda evidencia, si el individuo debe ser útil a la colectividad, ésta por su lado debe ser útil al individuo. La cualidad humana implica que la colectividad no puede ser la meta y la razón de ser del individuo, sino, al contrario, es el individuo, el que, en su posición solitaria ante el Absoluto y por lo tanto por el ejercicio de su más alta función, es la meta y la razón de ser de la colectividad. El hombre, ya sea concebido en plural o en singular, se presenta como un «fragmento de absolutidad», y está hecho para el Absoluto; no tiene otra elección. Se puede definir lo social en función de la verdad, pero no se puede definir la verdad en función de lo social.

Estas consideraciones nos conducen a la cuestión inútilmente controvertida del «altruismo»: hay «idealistas», tanto en la India como en Occidente —es el sentimentalismo de un Vivekananda—, que censuran de buen grado «a quienes buscan su propia salvación» en lugar de ocuparse de la salvación de los demás. Alternativa absurda, pues una

de dos: o bien es posible salvar a los demás, o bien es imposible; si es posible, esto implica que busquemos primero nuestra salvación personal, sin lo cual esto es imposible, precisamente; en todo caso, no se sirve a nadie permaneciendo agradablemente apegado a los propios defectos. Quien es capaz de ser un santo pero omite convertirse en él, no puede salvar a nadie; es hipocresía pura y simple ocultar la propia debilidad y tibieza detrás de una pantalla de buenas obras. Otro error, emparentado con aquel del que acabamos de hablar, consiste en creer que la espiritualidad contemplativa se opone a la acción o hace al hombre incapaz de actuar, opinión desmentida por todas las Escrituras, especialmente por la *Bhagavadgîtâ*.

Ninguna iniciativa fuera de la verdad: este es el primero de los principios de acción, pero no puede ser una garantía de triunfo; sin embargo, el hombre debe cumplir con su deber sin preguntarse si obtendrá la victoria o no, pues la fidelidad a los principios tiene su valor intrínseco, lleva su fruto en sí misma y significa *ipso facto* una victoria en el alma del agente.

Estamos en la «edad de hierro» y la victoria exterior sólo puede sobrevenir por una intervención divina; lo que no impide que la actividad lógica y espiritualmente correcta pueda tener efectos incalculables, y en todo caso efectos parciales tanto en el exterior como en las almas.